

vicio . . . y me encarga le manifieste su deseo de que devuelva la cruz de dama

Currita dió una rápida media vuelta, apretando los puños y echando atrás la cabeza cual si fuera á embestir al Mayordomo, fijando en él la mirada de sus claros ojos enormemente abiertos, que reflejaban toda la ira del que recibe un salvazo en el rostro, todo el espanto del que ve derrumbarse una última esperanza, toda la solapada é imponente amenaza que encierra el terror del débil, aniquilado por una mano más fuerte

Luego, como si despertase en ella de repente la altiva rica-hembra, al ignominioso contacto de una bofetada, arrancóse ambas cruces del pecho, y las arrojó en el suelo

VIII.

Aquel golpe terrible no anonadó á Currita, ni le infundió tampoco el extraño sentimiento, mezcla de valor y de ira, que al recibir en Loyola un bofeton semejante, la había obligado á confundirse, y á humillarse y á callar . . .

Detrás de la mano de Pedro Fernández había visto entónces la mano de Dios, que le impedía profanar con el escándalo de su vida su santa Casa, y detrás del bofeton del Mayordomo de Palacio, tan sólo veía la mano del Rey, que no era para ella una idea, sino un hombre, contra el cual se podía luchar, y al cual se le podía también vencer.

Mas harto comprendió desde el primer instante, con la rápida percepción de su claro entendimiento y su mucha práctica de mundo, que en vano emplearía todas las astucias de su ingenio, todos los atrevimientos de su audacia y todos los recursos de su dinero, en atraerse de nuevo á sus amigos y formar en torno suyo aquella brillante corte que era la médula de su vida, porque era también la de su vanidad. Nada arrastra tanto como el ejemplo de un príncipe, capaz por sí solo de salvar ó perder á una sociedad entera, y la severa repulsa dada á Currita en Palacio, justa en medio de su severidad, que si de algo pecaba era sólo de tardía, había de arrastrar sin duda á Madrid entero, derrumbando á la ilustre dama desde la altura de su gloria, con todo el estrépito de los grandes escándalos, con todo el ensañamiento con que del árbol caído se apresuran todos á sacar leña.

Por eso, sin darse ella por vencida, ni cejar un punto en su tenaz empeño, y fortaleciendo siempre con el despecho y la rabia y hasta el dolor mismo, su terquedad de mujer volunta-

riosa siempre mimada, optó desde luego por el camino de los hábiles políticos, y los diestros estratégicos y los concedores prácticos del mundo y del corazón humano; una prudente retirada que sosegara los ánimos, y diese tiempo á que las memorias olvidaran, cesasen las prevenciones, se cansaran las lenguas, y los escándalos nuevos hicieran olvidar y aún perdonar los escándalos pasados. ¡Había vi to ella tanto de eso!...La ocasión, por otra parte, no podía ser más oportuna; Fernándito había llegado al estado de imbecilidad completa, que traen consigo los reblandecimientos cerebrales, y preciso era llevarlo á París á que alguna notabilidad médica intentase el verdadero milagro de despertar un chispazo de inteligencia en aquel meollo huero, que jamás había dado luz alguna.

El viaje fué, pues, decidido, y dos días antes dirigióse Currita al colegio de Chamartín de la Rosa, para sacar á Lili... La niña que había cumplido ya doce años, y más bien que una criatura que comenzaba á vivir, parecía un ángel que iba á volar. Había en sus grandes ojos azules algo que recordaba el cielo, algo á la vez triste y sereno, candoroso y profundo, que comunicaba á todo su ser cierto poderoso y triste encanto, semejante al que infunden en el alma la inocente sonrisa de un niño huérfano.

Acogióla la madre con sus más suaves mimitos, y dijole al oído, abrazándola, que le

traía una noticia muy buena, muy alegre, muy grande.....

—¿A qué no la aciertas?...

La niña, con los grandes ojos llenos de lágrimas, y teñidas las mejillas del carmín más puro, dijo prontamente:

—¿Qué mi papá está mejor?—¿Qué se ha confesado?.....

Quedóse Currita desconcertada, como le sucedía siempre con salidas intempestivas de aquella criatura. ¿Quién había de creer que iba á acordarse de su padre, y á pensar en si le habían ó no administrado aquel Sacramento que le hacía tanta falta?...Echóse á reír muy maravillada. ¡Cál si no era eso.....era mejor todavía; era una cosa referente á ella misma; lo que mejor le podía suceder, lo que sin duda estaba ella esperando.

Y de nuevo tornó á maravillarse, porque la sangre entera de Lili afluyó entónces á su rostro, un temblor nervioso agitó sus manitas, y levantó los ojos hacia su madre, rebosando anhelo comprimido, esperanza dulcísima de oír lo que era sin duda su más ferviente deseo. Su boquita de ángel se entreabrió un momento para dejar escapar su secreto, como deja escapar una flor su fragancia, y de nuevo tornó á bajar los ojos, poniéndose más y más encarnada, y guardando silencio, con una cándida sonrisa dibujada sobre los labios.

—Pero tontilla, ¿no lo adivinas?...—Es que se acabó ya el colegio: que te vas á venir conmigo....

¡Quién lo había de creer!.....Al oír esto la niña, apagóse en sus labios la sonrisa, como una luz que mata de repente una ráfaga de viento; cruzó las manos angustiada, miró á su madre con espanto, y se echó á llorar á lagrima viva, con el corazón encogido.....

—¡Pero vaya por Dios, vida mía!—exclamó Currita estupefacta. ¿A qué viene ese llanto? ...¿Es que no quieres venir? ...

Lili, enjugándose con ambas manitas los ojos, repetía sollozando:

—Aquí me quieren todos...todos..—Las Madres y las niñas...

—Pero hija mia, ¿acaso en tu casa no te quieren?—exclamó Currita poniéndose muy seria; y la niña, titubeando un momento, contestó con candorosa sencillez, cuyo alcance no supo medir sin duda.

Ahora no está allí Paquito...

Currita sintió un movimiento de ira, que se trasformó al punto en dolor profundo, en dolor vivísimo que jamás había sentido, allá en el fondo de sus entrañas de madre...Sus ojos se llenaron de lágrimas, atrajo hacia sí á la niña, separóle del rostro ambas manos, y besándola en la frente, díjole con mucho cariño:

—Pero lo recogeremos al paso, toñta, y nos iremos á París todos juntos.

La niña meneó la cabeza apartándose del regazo de su madre, y procurando dominar su aflicción, como si se aprestase á una batalla, dijo resueltamente:

—Y además...yo no puedo irme de aquí...

—No, no puedo.

—¿Pero por qué...—Si eres ya una mujer, y aquí están solo las niñas.....

—Y las mujeres también...

—¡Pero hija, por Dios!—¿dónde están esas mujeres?....

—Las Madres son mujeres.

—¿Pero tu quieres ser monja?—exclamó Currita abriendo mucho los ojos; y la niña, cerrando los suyos y moviendo enérgicamente la cabeza, contestó con firmeza:

—¡Sí!.....

—¡Yaaa! Muy bien: ahora lo entiendo,—dijo Currita muy despacito con su tono de voz más suave.....Y las Madres, como te quieren tanto las.....pobrecitas, te habrán metido esa idea en la cabeza...

—¡No, no señora!.....—Las Madres no me han dicho nada...

—Pues entónces habrá sido el confesor, el P. Cifuentes.

—Tampoco....

—¿!ues quién te lo ha dicho?...

—Paquito.

—¿Paquito?...¡Vaya un apóstol!....—¿Y por qué no se mete él fraile?

—Eso le escribí yo...Y le envié la vida de San Estanislao, y una estampita de San Luis Gonzaga.....Pero me contestó que él era muy desgraciado, y tenía que hacer en el mundo una cosa muy grande, muy grande. ... Yo no sé lo que sera.....

Currita comenzó á sospecharlo, y se puso muy pálida; la escena terrible de su estudio, cuando el niño se había arrojado sobre Jacobo como una fiera sedienta de sangre, acudió á su memoria con gran viveza, estremeciéndola de espanto, infundiéndole esa especie de terror retrospectivo que causa un peligro pasado, despertando en su alma el aguijón de un remordimiento, avivando en su corazón el dolor de una herida chorreando aún sangre!... ¡Oh! ¡Ya no tenía qué hacer el pobre niño aquella *cosa muy grande, muy grande*, porque otra mano más culpable le había tomado la delantera en la esquina de Recoletos!.....

Lili, sin imaginar siquiera en su sencillez de ángel, el efecto que en su madre podían causar sus palabras, continuó diciendo.

—Me decía fuese siempre muy buena y no saliera nunca del colegio, y rezara mucho por él, y por V. y por mi papá; porque la ira de Dios iba á descargar sobre nuestra casa... Yo lloré mucho, mucho, y ofrecí entonces ser monja, y se lo dije á la Madre Larín y al P. Cifuentes.

—¿Y qué te dijeron?—preguntó Currita con los labios blancos.

—La Madre se echó á llorar.....

—¿Y el Padre?.....

—Se echó á reír, y me consoló mucho, y me dijo que no ofreciese nada, sin que él me avisase.

Currita se quedó muy pensativa, y perma-

neció largo rato en silencio, mirando á la niña: de pronto dijo:

—¿Pero el P. Cifuentes, te querrá mucho?...

—¡Oh sí!...—Es muy bueno; me quiere mucho.....

Calló otra vez, seria y meditabunda; porque en medio de aquel rudo oleaje de afectos con que la gracia de Dios combatía su alma para sacarla á flote, santos unos como el amor de madre, saludables otros como el remordimiento, apareció muy honda, y comenzó á subir, á subir hasta flotar en la superficie y sobrenadar en lo alto, y llenarlo todo y dominarlo todo, la idea fija, su ángel malo, el pensamiento constante que llevaba clavado en la frente como un dolor neurálgico, de satisfacer su vanidad y vengar su despecho, recobrando de nuevo su antigua posición y su brillante corte de mujer elegante. Había visto de repente un camino desconocido, un sendero tortuoso, que allí llegaba dando rodeos, y ya no oyó más, ya no se ocupó de otra cosa..... Cinco minutos largos permaneció callada, inmóvil, tirando al parecer sus planes.

Lili, con las manitas cruzadas sobre las rodillas y la cabeza baja, la miraba de cuando en cuando al través de sus largas pestañas, extrañada de aquel singular silencio.

Rompióle Currita al cabo; aquella pinchoncita suya monísima y preciosa, la había enternecido... pero todo aquello era muy serio, muy grave, y hacía preciso pensarlo despacio, muy despacio, y no decirlo así de

repente, en un segundo.....Por de pronto, dejaría á la niña en el colegio, y detendría ella su viaje para hablar con el P. Cifuentes.

Lili, al oír esto, saltó espontáneamente de la silla y se arrojó al cuello de su madre, cubriéndole el rostro de besos, llorando y riendo al mismo tiempo, como se mezclan la lluvia y el sol en un chubasco de Mayo. Ella se enterció un poquito, y derramó tres lágrimitas:

—Con que nada, pichona mía;—mucho juicio y pide á Dios que á todos nos ilumine..... Y ahora, vidita mia, dile á la Madre Larín que quiero hablarle un momento..... ¿Eh, pichona? ...Cosa de un segundo, avísale tú, vidita.....

Llegó la Madre Larín, muy alarmada, temiéndose alguna trapisonda. y Currita, con patético ademán, se arrojó llorando en sus brazos...Era aquel día el más grande de su vida; por fin le concedía Dios lo que con tanto ahinco le había pedido siempre: ¡tener una hija religiosa!...Cierto que le pasaba aquello el alma de parte á parte, que quizá le costaría la vida separarse de aquel pobre angelito; pero lo que sentía ella era no tener siete hijos como Santa María Magdalena de Pazzis, para ofrecérselos á Dios uno á uno. ¡Estaba el mundo tan malo!

La Madre Larín, muy escandalizada al ver á Santa María Magdalena de Pazzis, hecha de repente madre de tan dilatada familia, se apresuró á protestar con mucho respeto:

—Santa Sinforosa, querrá decir sin duda la señora Condesa.

—¿Fué Santa Sinforosa?..—¡Pues yo creí que había sido la otra; como leo todos los días el *Año Cristiano*, armo á veces unos galimatías!...¿Y dígame, Madre Larín, cree V. que perseverará mi hija? ¿qué su vocación será verdadera?

La Madre enarcó las cejas, y con mucha humildad dijo:

—La niña es formalita, y á lo que yo puedo colegir, así lo espero...Pero siempre será mejor que el Padre espiritual informe á V. de todo esto.

—¿Y quién es?

—El P. Cifuentes.

—¿El P. Cifuentes?...—¿De veras?...¿Cuánto me alegro!...Si es un santo, un hombre de tanto saber y prudencia.....

—¡Ya lo creo!...—Consultele V. y verá...

—Pero si no lo conosco...—¡Ay Madre Larín!...¿Quisiera V. escribirle una cartita.... *deux mots*, recomendándome?...Dígale V. cuáles son mis deseos, lo que yo quiero á mis hijos, y sencillez con que procedo siempre...Así me escuchará con benevolencia.....Usted. me conoce bien, Madre Larín...¡Soy tan desgraciada!...¡Se tiene de mí un concepto tan falso!

Y Currita, persuadida ella misma de lo que decía, cual suele suceder á los embusteros de oficio, extendía las manos y abría mucho los claros ojitos, como para que la Madre Larín la estudiase por dentro, concluyendo por echarse á llorar amargamente, cubriéndose el

rostro con el pañuelo. La Madre, muy compadecida y creyendo que aquella oveja extraviada llamaba de nuevo el aprisco, procuraba consolarla, y prometíale escribir aquella misma noche al P. Cifuentes, anunciándole su visita.

—Se lo agradecería á V. en el alma,— Madre Larín; no lo olvidaré en toda mi vida! gimíó Currita. Porque no crea V. que el asunto de mi pobre Lili no faltarán dificultades... Fernandito es muy bueno; pero al cabo, como hombre que es, no tiene la piedad de nosotras las mujeres, y verá la cosa de manera muy distinta.

Y ya en la puerta, despidiéndose cariñosamente de la buena Madre, volvió á repetirle:

—Que no se olvide V. de lo esencial... — Que comprenda el Padre la buena fe con que procedo en todo; lo recto que son mis intenciones.

Y de pronto, volviendo atrás desde la puerta como si de repente recordase algo....

—¡Ay Madre Larín, se me olvidaba...—No sé si lo encargué á Lili, porque con este noticia, se me fué el santo al cielo..... Me han dicho que están ustedes haciendo un monumento nuevo para el Juéves Santo, y quiero que sea á mi costa..... Deseo mucho dejar á ustedes ese recuerdo: que Lili haga ese pequeño obsequio al colegio.

—Gracias, gracias,—señora Codesa....

—¿Gracias?... ¡Ay Madre Larín, que mundo,

qué mundo!... ¡Ojala y solo se gastara el dinero en cosas semejantes!....

Entró en la berlina... Verdaderamente que aquella idea había de venir del cielo, porque era Lili, un ángel del Señor, quien se la había inspirado. Lo raro era que no se le hubiese ocurrido á ella antes, porque en aquella carta de Loyola, en aquella famosa carta de Pedro Fernandez, que se sabía ella de memoria, estaba perfectamente encerrada en su primera parte... “Si la señora Condesa de Albornoz viene á Loyola á confesar sus pecados y pedir á Dios perdón de sus extravíos, no tiene que fijar hora ni tiempo, porque todos son igualmente oportunos”.....

Y glosando allá en su imaginación el parrafejo, discurría de este modo..... Si la señora Condesa de Albornoz va á Loyola, es decir, al P. Cifuentes, y confiesa sus pecados y pide á Dios perdón de sus extravíos, ó lo que es lo mismo, embauca á aquel varón respetable, diciéndole lo que le parezca, y callándole lo que juzgue conveniente para ponerle de su parte... á la sombra de su respetabilidad, agarrada á su manteo, entrará en el gremio de las beatas aristocráticas, y se abrirá paso, rosario en mano, por el atajo de la piedad, hasta el alto puesto de que la calumnia y la ingratitud la han arrojado.

Porque no era necesario para ello llegar hasta el sacrilegio, que tanto le había aterrado siempre y la seguía aterrando; dispuesta

estaba ella á que lo creía únicamente necesario para confesarse bien; acusarse de todos sus pecados y enumerar todos sus extravíos..... ¿Qué le importaba á ella que el Padre Cifuentes supiese lo que hasta en los mismos periódicos se había publicado y había leído sin sonrojarse?..... Si hubiera algún sacrificio que hacer, si hubiera algo que cortar sería entonces otra cosa; pero la muerte, el puñal de un asesino, se había encargado de sacrificar, se había encargado de romper, y ya no le quedaba á ella nada, nada, sino aquella herida en el corazón y aquel despecho en el alma! Y ante aquellas dos ideas que la exasperaban, Jacobo muerto, y ella caída de su pedestal, sentía hervir su sangre de dolor y de ira, y pareciale lo primero el crimen mas nefando que se había cometido en el universo, y juzgaba lo segundo el acto de tiranía más atroz, que pudiera atribuirse á Neron, á Tiburcio ó á Buziris.

Con cierto miedecillo muy natural y fundado fué á ver al P. Cifuentes, porque tenia el Padre fama de marrullero; mas su voluntad, repentina como el capricho de una mujer, era robusta como la resolución de un hombre, y tranquilizábala en parte la íntima conciencia que tenía ella de que pocos la aventajaban en astucias y marrullerías. Con habilidad sumada dió principio al desarrollo de su plan, comenzando por exponer la vocación de Lillí, anhelo de su corazón, esperanza dulcísima de su alma, que estaba ella dispuesta á apoyar con todas

sus fuerzas, aunque hubiera que luchar con las serias dificultades que había de poner Fernandito; hábil estaquita esta última que plantaba desde luego la taimada, para agarrarse á ella más tarde, y destruir cuando hubiera logrado su objeto, los santos planes de la niña. Escuchábala el jesuita impasible, con las manos metidas en las mangas, clavando en ella de cuando en cuando la mirada de sus ojos, aguda como la punta de una lanceta, que hacia á Currita ladear los suyos, ora bajándolos, ora paseándolos por las paredes del cuarto. Cuando la dama dejó de hablar, sacó el P. Cifuentes á relucir la tabaquera de cuerno, con su heraldo obligado, el pañuelo á cuadros azules y verde, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo resueltamente.

—Su hija de V. no tiene vocación, señora Condesa.

Quedóse Currita estupefacta y desconcertada, y tartamudeó moviendo la cabecita.

—Pues ella me había dicho...yo creía....

—Creyó V. mal,—señora Condesa.... Esa niña es un ángel, de entendimiento muy claro, de corazón muy grande y muy recto, y está aterrada por las cartas de su hermano, que... ¡pasan el alma, señora Condesa; pasan el alma!.....

Y las dos lancetas que tenía en los ojos el P. Cifuentes, pasaban de parte á parte la frente de Currita, cual si fuesen á clavarle en el fondo de su pensamiento.

—Por eso—prosiguió lentamente el jesuita, quería esa pobre niña ofrecer el sacrificio de sí misma, para asegurar la salvación de los demás, para expiar culpas ajenas por las cuales se aflige, como se afligen los ángeles del cielo; llorándolas, pero sin ponérselas á nadie en cuenta.... Y note V. lo que digo, señora Condesa.—*Sin ponérselas á nadie en cuenta.....*

La señora Condesa bajó los ojos muy modestita, como haciéndose la desentendida de si era á ella ó no á quien le tocaba pagar aquella cuenta, y el Padre continuó:

—Pero como V. comprenderá, este sacrificio de precio incalculable, cuya idea le fomentaré yo por lo que en sí tiene de útil y meritorio, y porque bastará quizá el afrecerlo para alcanzar de Dios lo que el pobre ángel pide, no es una vocación religiosa; es solo un ofrecimiento que en su aflicción y en su generosidad hace la niña, y mientras Dios no lo acepte, no existe la verdadera vocación, y yo por mi parte, ni puedo aconsejarla, ni autorizarla tampoco hasta entónces.

—Pues estamos al principio de la conversación—pensó Currita sin comprender del todo aquellas místicas sutilezas; y dando vueltas entre sus manos á un precioso Devocionario que había traído de intento para demostrar su piedad al Padre, dijo modestamente:

—¿Y qué cree V. entónces que debe de hacerse?.....

—Dejar obrar á la gracia de Dios, que quizá le conceda como premio la^a vocación que

aún no tiene, y mientras tanto, no sacarla del colegio.

—¿No cree V. entónces, que le convenga volver á su casa?.....

El P. Cifuentes abrió la tabaquera, y con la impasibilidad del hombre que golpea en los oídos de un sordo, con la sencillez con que hubiera dicho que hacia calor ó estaba lloviendo, dijo tranquilamente.

—No señora... Los ejemplos que vería en ella, no conseguirían quizá corromperla; pero de seguro lograrían matarla.

Currita no protestó contra aquel reproche tremendo; no se avergonzó ni se indignó tampoco. Asíose, por el contrario, para llegar á su objeto, á la punta de aquella maza que la aplastaba, y dijo lastimeramente.

—¡Ay sí, sí, Padre, es verdad!. —¡Si V. supiera lo que pasa en mi casa! ¡Si V. conociera la situación en que me encuentro!...

Y adoptando el calculo más habil del disimulo, el de apropiarse la ingenuidad y disfrazarse con la sencillez y la franqueza, refirió con toda verdad al P. Cifuentes el escándalo de su vida, la trágica muerte de Jacobo, la calumnia difundida por aquellos enemigos invisibles, la imposibilidad en que estaba de acusarlos á ellos y defenderse ella misma ante los tribunales, y la necesidad que tenia de *alguien respetable*, de alguna *persona autorizada* por su santidad y su prestigio, que sacase la cara por ella perdonándole las *faltas* verdaderas y defendiéndola de los *falsos crímenes*, con-

cediéndole su protección y su amistad, y rehabilitándola por este solo hecho á los ojos del mundo... Y no pedía esto por ella misma que nada merecía y así lo confesaba; pedíalo por caridad de Dios, por lástima, por compasión hacia sus propios hijos

Calló Currita, y con la cabeza baja y las manos cruzadas y entornados los ojitos, esperó muy devotica, el sermón formidable, la peluca tremenda que creía ella iba á venir tras de aquello, seguida de alguna violenta exhortación á la confesion y a la penitencia, con algunos toquecitos de llamas del infierno, y luego, más tarde de lo que ella deseaba y con tanto anhelo iba buscando, un generoso ofrecimiento, noble, sincero y amplio.... Mas el P. Cifuentes, que había escuchado sin pestañar todo aquel cúmulo de vergüenzas y de horrores, que no había hecho el menor gesto de asombro, de disgusto, de compasión ni de protesta, sacó la tabaquera de cuerno, tomó un polvo, y dijo lacónicamente:

—Haga V. los ejercicios.....

—¿Los ejercicios?—preguntó ella muy sorprendida.

—Sí; los Ejercicios de San Ignacio, digo... Ayer los han empezado en el Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia..... Todavía tiene V. tiempo; emiece esta misma tarde.

—Yo... bueno... desde luego,—dijo Currita

titubeando. Pero según tengo entendido, solo se entra allí con papeleta, y yo no la tengo.

—Pues yo la reccmendaré á V. á la Superiora, y le hablaré á la Marquesa de Villasis, que es Presidenta del Consejo.....

Currita sintió tal movimiento de gozo que estuvo á pique de venderse... ¡Por fin triunfaba y apesar de su impasibilidad y no obstante sus marrullerías, hacía tragar al bendito Padre todo el anzuelo!... Entre la Marquesa de Villasis, la dama de mejor nombre en la corte, y el P. Cifuentes, el sacerdote de más prestigio, haría ella su entrada triunfal en el gremio de beatas aristocráticas, y una vez dentro, no bien tomase ella el terreno, ya sabría ella reconquistar palmo á palmo los aplausos y las adulaciones, y colocarse de nuevo en el antiguo puesto perdido.

Vistióse sencillamente, siempre con aquel prolijo cuidado de los detalles pequeños, que desprecian los talentos vulgares y tienen en mucho los privilegiados y prácticos; una modesta falda de seda negra, un abrigoito de terciopelo con pieles, y la mantilla recogida por completo sobre los hombros, *chiffonné* con mucha gracia cubriendo las blondas del velo parte del rostro, pero dejando ver perfectamente los rojos pelitos, seña suya característica, que cuidó muy bien de dejar á la vista con cálculo prudentísimo, para que en caso de oscuridad ó duda, pudieran todos reconocerla.

A las cinco comenzaba el santo Ejercicio,